



NIEVA ZARDOYA, José Luis

La idea euskara de Navarra. 1864-1902

Fundación Sabino Arana-Euskara Kultur Elkargoa, 1999.

Tanto para el análisis histórico como para el político, Navarra es un territorio complejo y, por ello, apasionante. Lo es, en primer lugar, por su extraña trayectoria histórico-política, de “solar de los vascones” y reino independiente, incorporado a España por las armas, a “oasis foral”, reconvertido más tarde en “reserva espiritual contra el separatismo vasco”. Y lo es también, en segundo lugar, por su paradójica realidad identitaria, precariamente unida en torno al consenso sobre el adjetivo “navarro”, pero profundamente dividida en torno a su adhesión a los adjetivos “vasco” y “español”. Lo desesperante y al mismo tiempo sugerente del caso es que conforme se profundiza en el estudio del pasado reciente de Navarra, cuando, en principio, se gestan los discursos políticos que dominan el panorama actual, esa complejidad, lejos de comenzar a disolverse, parece acentuarse, generando nuevas paradojas, dibujando itinerarios más curiosos, más sorprendentes, volviendo así las etiquetas más insatisfactorias.

El concienzudo estudio de José Luis Nieva Zardoia sobre *La idea euskara de Navarra* constituye una buena muestra de esta circunstancia. No es casual, en este sentido, que a pesar del ingente trabajo de documentación llevado a cabo por el autor, éste mismo reconozca en las conclusiones que más que respuestas puede ofrecer nuevas preguntas y dudas acerca del devenir y la lógica del discurso cultural y político de los euskaros. No es necesario añadir que el reconocimiento de este hecho no resta un ápice de valor a un estudio tan riguroso y sólido como sugerente y ameno. Son, precisamente, el rigor del que hace gala a la hora de intentar definir el concepto “euskaro”, así como el afán que pone en reconstruir su pensamiento, los que le obligan a ofrecer un retrato de la Asociación Euskara lleno de sombras, preguntas e hipótesis. Dicho en otras palabras, es la propia realidad la que exige respetar la complejidad y, en algunos puntos, la oscuridad del objeto de estudio.

Quien se dedica a la investigación histórica sabe bien que pocos problemas hay tan espinosos e incómodos como el de los orígenes. Cuando nos disponemos a establecer el origen de algún fenómeno siempre parece quedar un precedente por descubrir, un primer balbuceo que considerar. En el caso del ideal euskaro podríamos hablar de las seculares y todavía no bien estudiadas relaciones entre el Señorío, las Provincias y Navarra, así como de esa conciencia que, según Nieva, siempre tuvieron éstos territorios de su identidad de raza y de su personalidad política diferente de los demás de la monarquía española. Con todo, el precedente más claro del programa euskaro parece situarse en las iniciativas de la Junta General de Álava y, sobre todo, de la Diputación de Navarra en torno a los años 1864-1867. En esas fechas, la Corporación navarra busca activamente la creación de un ámbito vasco-navarro que permita el man-

tenimiento de los particularismos locales ante el embate revolucionario de 1868, cuya llegada ya comienza a sentirse. El devenir de la política estatal y muy especialmente el alzamiento carlista desbordarán por completo estas iniciativas que, por lo demás, tampoco encontraron una respuesta entusiasta en las provincias hermanas.

Tras la contienda, la actividad institucional da paso a la iniciativa privada. En octubre de 1877, Campión, Iturralde, Olóriz, Obanos y Landa, junto con otros amigos, fundan la Asociación Euskara de Navarra. Casi inmediatamente nace su órgano oficial, la mítica *Revista Euskara de Navarra*. El acto, destaca con acierto Nieva, no puede desligarse de otras actividades desarrolladas en la misma época como la creación del periódico *La Paz* o la *Biblioteca Euskara*. En las mismas fechas, o poco más adelante, verán la luz otras publicaciones oficiosas como la *Euskal-Erriá*, la *Revista de Bizcaya* y la *Revista de las Provincias Euskaras* e iniciativas como los juegos florales y los certámenes histórico-literarios. Es en estos primeros momentos cuando los euskaros consiguen agrupar a sectores más diversos de la opinión navarra. Este éxito, visto en perspectiva, no parece nada despreciable, aunque a los ojos de sus protagonistas y dadas las expectativas que se habían creado así pareciera.

A pesar de las buenas perspectivas que podían sugerir los inicios de la Euskara, lo cierto es sus afanes fracasaron con una rapidez asombrosa. Es cierto que ese fracaso es asimismo complejo, hasta el punto de que no resulta siempre fácil seguir su consecución. Ya en 1878 los resultados obtenidos en lo que se refiere a la obtención de nuevos afiliados, le parecen “mezquinos” al presidente de la Asociación. A partir de 1881, aproximadamente, bastantes asociados se dan de baja. Por entonces nace el periódico liberal *El Navarro* que atacará con saña a los euskaros acusándoles carlistas encubiertos y, por contradictorio que parezca, de separatistas. En 1883 la *Revista Euskara* debe dejar de publicarse. Ahora bien, junto a estos acontecimientos, que sugieren un retroceso de los éuskaros, entre 1881 y 1885 obtienen resonantes éxitos políticos en las elecciones municipales pamplonesas. Este éxito político es, ciertamente, efímero y resulta brutalmente interrumpido con la vuelta de los carlistas a la política electoral en 1886. Entre tanto, y para terminar de complicar las cosas, la obra de algunos autores éuskaros como Iturralde, Campión y Olóriz, adquiere un prestigio creciente. De hecho, la Gamazada, posiblemente el acontecimiento político que más interés suscita en Navarra durante toda la Restauración, sería incomprensible sin la aportación de los euskaros en el terreno de la divulgación de los fueros y la historia de Navarra. Pero, como muestra Nieva, la Gamazada es igualmente un momento extraño, paradójico. Donde más claramente puede observarse esta condición es en la suerte de la obra de Olóriz. Cuando, “gracias a Gamazo”, Navarra despierta, las composiciones de Olóriz alcanzan una popularidad manifiesta y su *Cartilla Foral* se reparte profusamente por toda la provincia. Por un momento el propio autor cree que Navarra se ha regenerado. Pero se trata de un éxito engañoso, de un canto del cisne: en poco tiempo el conflicto alcanza una solución aparente con la salida de Gamazo y Navarra vuelve a su letargo tradicional. El tiempo de los euskaros habrá acabado, aunque todavía lo mejor de ellos continúe escribiendo y publicando.

¿Cuáles fueron las causas del fracaso éuskaros? Según entiendo, el texto de José Luis Nieva deja entrever una pluralidad de causas. En primer lugar, aparece el problema de la excesiva heterogeneidad del movimiento. Ser euskaros, ser miembro de la Asociación Euskara, no parece haber significado demasiado, hasta el punto que “resulta equívoco hablar de ellos como un todo compacto”. Algunos euskaros ponen el acento en lo estrictamente cultural, en el euskera; otros parecen querer promover con la sociedad una suerte de regeneración material para Navarra; muchos identifican su causa con la de la unión vasconavarra y otros, en fin, como Olave, equiparan el ser euskaros con la defensa de los maltrechos residuos de la legislación foral. De este modo, la

Euskara “se convirtió en un lugar de paso, de punto y seguido, a donde era muy sencillo acceder pero del que, por eso mismo, también resultaba muy fácil salir”.

La segunda causa del fracaso de los euskaros, por paradójico que parezca, se deriva precisamente de su falta de heterogeneidad, a saber, de su incapacidad para aglutinar a toda Navarra en un programa cultural tan básico como la defensa del euskera y la singularidad jurídica del país. Los euskaros, en efecto, no pasan de movilizar un sector minoritario de la opinión navarra, aunque es posible que, como señala Nieva, la mayor parte de la sociedad navarra simpatizara con un acercamiento a las Vascongadas. Con todo, lo que más llama la atención es la oposición que levantaron entre parte del liberalismo (*El Navarro, El Liberal Navarro*). Si la razón de ello hubiera estribado en las actuaciones más políticas de los éuskaros, la objeción hubiera sido menor, pero lo cierto es que los recelos hacia los euskaros son anteriores a su salto a la política. Fue su propia reivindicación de la lengua y cultura vascas lo que despertó las suspicacias de algunos sectores (cuya importancia es difícil determinar) de la sociedad navarra.

Pero según se desprende del análisis de Nieva, el fracaso definitivo de los euskaros vino marcado por sus dificultades para realizar un salto convincente a tiempo de lo cultural a lo político. El salto, en efecto, fue por un lado demasiado temprano, cuando las condiciones aún no estaban maduras. Las cicatrices de la guerra civil se hallaban todavía frescas y los recelos para una colaboración entre los elementos más sensatos del carlismo y el liberalismo navarro eran todavía demasiado grandes. Además, la labor de sedimentación que debía llevarse a cabo en el frente cultural para posibilitar el salto a lo político era todavía demasiado frágil. Los navarros, por utilizar la retórica éuskara, todavía no habían tenido tiempo de despertarse, de recuperar la memoria de lo que fueron y comprender la necesidad de una política netamente navarra. Pero a la vez los euskaros políticos, los fueristas, llegaban demasiado tarde, cuando el propio tema de los fueros se había convertido en un lugar común, cuando el recuerdo de las instituciones privativas ya había muerto y cuando en la sociedad navarra (tan tozuda entonces como ahora) se habían reafirmado ya las convicciones de la política ultra-ibérica. A partir de ahí, en un clima tan asfixiante como el que hoy sufrimos, todo debía poder ubicarse en uno de los dos bandos y quien no lo hiciera o era un mestizo o un lobo camuflado. Por eso para los liberales los euskaros fueron sólo unos carlistas *sotto voce*. Para los seguidores de don Carlos, en cambio, fueron una añagaza del enemigo para engañar al leal pueblo navarro carlista. Todo ello limitaba profundamente la viabilidad de un partido fuerista que recogiera las propuestas euskaras. Sólo la desaparición de los euskaros de la escena política permitió que se les hiciera cierta justicia desde el liberalismo.

El mencionado salto de los euskaros a la política, ese salto mal dado que precipitó su fracaso, sin embargo, era sólo aparente. Aparente porque, en realidad, los euskaros habían hecho política desde el principio, aunque, tal vez, ni siquiera lo sospecharan. No tuvieron más remedio que hacer política. La defensa de los fueros, las costumbres del país, el llamamiento a la unión, simplemente a la simpatía, vasconavarra eran consignas radicalmente “políticas”. En realidad, el mero hecho de hablar del un “pueblo éuskaro”, de un sujeto que abarcaba a vizcaínos, guipuzcoanos, alaveses y navarros, pero también a bajonavarros, suletinos y laburtinos, era una declaración de indudable calado y relieve político. Era hablar de los vasconavarros no como habitantes de unas provincias españolas, o como parte de un departamento francés, sino como partes de un colectivo dotado de una personalidad propia, irreductible. Esto era hacer política y, por eso, la mera mención de un “pueblo euskaro” irritaba hasta tal punto a los liberales de *El Navarro*. Con seguridad, la mayor parte de los euskaros retrocedía ante las consecuencias de su “invención”. Esa idea, en efecto,

resultaba mucho más perturbadora de lo que el mero regionalismo de Iturralde o Landa podía permitirse. ¿Provenía de ahí la pasividad de muchos euskaros nominales ante la labor de la Asociación? Es imposible saberlo, pero, en cualquier caso, parece claro que en tanto que la mera existencia de un sujeto cultural vasco, con derechos a mantener su lengua y a promover su cultura desbordando los marcos administrativos del Estado, era discutida, los euskaros no tenían más remedio que entrar en política. Y no sólo para obtener el poder local, sino sobre todo para ser capaces de plasmar su inquietante “descubrimiento-invencción”, la de un pueblo euskaro, en un discurso político que contemplara su ubicación jurídica en el seno de España (o fuera de ella, como haría Arana). Por eso, el fracaso político de los euskaros no se refiere sólo a su fracaso electoral, sino sobre todo a su fracaso para tener un programa político que expresara con claridad cómo podía ser y vivir ese pueblo euskaro, el gran producto de su lucha cultural. La posterior dispersión de los euskaros entre el integrista, el conservadurismo, el carlismo, el nacionalismo y la apatía, es sólo la expresión de su incapacidad para encontrar una ubicación política satisfactoria a sus ideales.

La contraportada del feliz estudio de Nieva representa un escudo del Zazpiak bat, al modo de un puzle, con las piezas que corresponden al blasón de Navarra desajagadas. También en esto Navarra es una tierra curiosa: la inventora del unionismo vasco moderno, ha terminado negándose no sólo a cualquier colaboración política unionista, sino asimismo mostrándose terriblemente suspicaz frente a cualquier iniciativa de orden cultural panvasca. Todavía más, desde los euskaros cualquier intento en Navarra de saltar de la promoción de la cultura y la lengua vascas a una política unionista junto al resto de las provincias de impronta vasca ha fracasado. Y lo que es peor, cualquier tentativa de una política unionista ha terminado volviéndose en contra de la propia cultura vasca. Defender la lengua vasca se ha vuelto, en efecto, a los ojos de muchos, algo sospechoso, una especie de caballo de Troya de quienes sólo esperan el primer descuido para infectar a Navarra con utopismos, radicalismos e inconveniencias. Tal vez pueda parecer excesivo atribuir al fracaso de los éuskaros la paranoica (¿o esquizofrénica?) realidad política e identitaria de Navarra a lo largo del siglo XX, pero lo cierto es que las dificultades para encajar en ese puzle todas las piezas no han conseguido resolverse desde aquella época. Conscientes de las peculiaridades históricas de cada uno de los territorios de impronta vasca, de su singularidad jurídica, cultural, etc., los euskaros promovieron una política unionista radicalmente respetuosa con la diversidad de Vasconia y la personalidad de sus componentes.

Hasta la obra de Nieva se ha acostumbrado a tratar a los euskaros como precesores del nacionalismo arañiano, como una especie de prólogo que sólo interesa en su calidad de precursor. José Luis Nieva tiene el mérito de abordarlos como un todo, como un fenómeno completo, aunque sea siendo consciente de su poliformismo.

Como he señalado, los euskaros fueron acusados de carlistas, de liberales, de mestizos, de separatistas, etc. Todavía hoy muchos autores se sienten tentados de encerrarlos dentro de una de esas categorías, tan manejables, tan cómodos. Pero, como advierte nuestro autor, las fáciles étiquetas terminan por sobrar (y hasta, añadiría, por estorbar). ¿Quiénes fueron, entonces, los euskaros? Aún después del meritorio trabajo de Nieva, resulta complejo responder a esta pregunta. Pero lo cierto es que los euskaros murieron solos.

Iñaki Iriarte López